

Nota del traductor

Íñigo García Ureta

Escritor y traductor

Mi intención era empezar explicando por qué esta nota debía titularse «Simpatía por el débil», pero entiendo que será mejor aclarar algo cuanto antes. Cuando Manuel Ortuño, editor de Trama editorial y responsable de la edición española de *Simpatía por el traidor*, de Mark Polizzotti, me preguntó qué opinaba de este libro respondí que me encantaba, pero que si su intención era traducirlo no veía razonable incluir todos los capítulos. Y así es como la edición americana —*Sympathy for the Traitor*— incluye un capítulo más que *Simpatía por el traidor* editado en España. No lo hemos dejado fuera por falta de interés [de hecho, trata sobre la traducción de poesía, algo que me encanta], sino porque temíamos que reflejar en español una serie de ejemplos tomados del francés y volcados al inglés provocara una cacofonía quizás no innecesaria, pero sí tediosa. Y si algo no es este libro que tienes entre manos es aburrido.

Tal vez por eso lo amamos los traductores: nos vemos reflejados en él como aquel personaje de Joe Henry que reconoce que la gente hace cola en el cine «por un poco de aire fresco y la oportunidad de ver una semblanza de nosotros mismos donde lucimos más jóvenes, más valientes, humildes y libres». Dicho esto, entiendo que también será mejor aclarar que no es un libro sobre traductores, sino sobre su tarea: traducir.

Para ello debemos pagar algún peaje, como el de enfrentarnos a palabras como «literalismo» o «fidelidad», pero cada cual es libre de vestirlas con los ropajes que desee. En mi caso, cada vez que escucho hablar de «fidelidad» —al original, se entiende— me viene a la cabeza algo que cualquier lector en español recordará: aquellas famosas «notas del traductor» que infestaban las antiguas traducciones setenteras, dispuestas en diseños de página de más de cuarenta líneas a un cuerpo minúsculo. Por lo general, solían servirse de ex-

presiones como «juego de palabras intraducible» [para de inmediato destriparlo] o brindaban pequeños apuntes biográficos con el tino de la actual Wikipedia. El resultado, como el papel donde estaban impresas, era efímero, mejorable y hoy me provoca una infinita nostalgia. Porque, a pesar de que en ocasiones su fidelidad para con el texto de origen se limitara a ofrecernos un *mugshot* –una foto de prontuario, origen de nuestra maravillosa expresión «fotomatón»– para hacérselo pasar por la persona, había en ellas algo de salvoconducto a todos esos mundos que según la famosa sentencia de Éluard ahora se colaban en éste.

Aquellas traducciones –pienso en *Colmillo blanco* traducido por José Novo; en *Las aventuras de Tom Sawyer* leído en una edición juvenil de Bruguera donde ni siquiera consta el nombre del traductor; en la serie de Los Cinco de Enid Blyton traducida por Guillermo López Hipkiss– resultaban tan fieles al español de la época como para inocular en varias generaciones de lectores imberbes una envidia *absoluta* al sospechar que a sus contemporáneos británicos se les permitía beber algo exótico y embriagador llamado cerveza de jengibre... para décadas más tarde descubrir que se trataba de un mísero *ginger ale*.

Daba igual. En lo relativo a las artes y en aquellos tiempos, tiempos sin redes sociales, todos, hasta los espíritus más rectos, creíamos en la promiscuidad: metíamos en el mismo saco a un producto de la educación británica más selecta –Chandler–, a un afroamericano que había pasado por la cárcel –Himes–, a un francés existencialista que tocaba la trompeta –Vian– y a un editor barcelonés hijo de una violinista –Lacruz–, porque en sus novelas había muertos. (Del mismo modo, adorábamos por igual a un protestante regordete de Belfast, a un elegante baptista del condado de Issaquena en Mississippi y a unos melencidos australianos amantes del Infierno porque todos cantaban «Baby, Please Don't Go».) Así era el mundo y así lo sigue siendo, como se observa en que la novena entrega de nuestro *enfant terrible* del celuloide trate sobre un actor de Hollywood que sólo puede seguir siéndolo si acaba en un desierto del sur de España a las órdenes de un director italiano, mientras suenan Los Bravos, una banda de Palma de Mallorca donde canta un alemán... en inglés.

Nadie se preguntaba entonces si esto era correcto. Aunque lo cierto es que, correcta o no, la tarea de traducir jamás ha sido una actividad ajena a nada, ni siquiera a la política. No recuerdo quién –aunque sí que era mujer– propuso que la verdadera traducción en español para *The Importance of Being Earnest*, de Oscar Wilde, habría sido *La importancia de ser Franco*. Pero eso, claro está, habría adquirido unos tintes que tal vez enturbiaran la recepción

de la obra. Lo cual, dicho sea de paso, estaba a la orden del día: en España, para evitarse un adulterio, la censura aprovechó la traducción para convertir a un matrimonio en dos hermanos incestuosos (Mogambo), mientras en la Argentina convertían aquel «Blackbird» de los Beatles no en un mirlo, sino en una invitación: «Míralo». Porque con frecuencia no era tanto un asunto de moral como de ese otro motor de la política llamado inopia, la misma que convertía un verso guarro de Leonard Cohen [*Giving me head on the unmade bed*] en un accidente doméstico [Dándote cabezazos contra una cama sin hacer], o que nos llevaba a reírnos del chiste ese del tipo que llega a una academia de idiomas y al preguntar si le pueden enseñar inglés escucha:

–If, if, between, between.

Me encanta imaginar que a estas alturas habrá quien opine que nada de lo que escribo parece tener que ver con este libro, porque entonces estaré dando en el clavo. Me explico: en apariencia, *nada* tiene que ver con la tarea de traducir. Por parafrasear a Frank Zappa, escribir sobre traducción no es como bailar sobre arquitectura: es teñir con ecos, tronar con tinta, amar a distancia o cualquier otra figura que se nos antoje, porque todas estarán erradas, empezando por ese género no marcado que parece sugerir que el traductor suele ser hombre, cuando las profesionales de este gremio nos superan en todo, hasta en número.

Por eso adoro *Simpatía por el traidor*: porque abraza sin escrúpulos esa aparente *nada* y se permite hablar de *todo*. De cómo es posible tener en la laringe una manzana, si eres americano, o una nuez, si eres español, y de lo poco que importa en última instancia. De cómo hubo épocas cuando traducir «No matarás» podía llevarte a morir en la hoguera. O de cómo el mejor precedente de James Bond, también escocés, era gay y sabía a qué huelen las magdalenas. Todo ello, con la excusa de hablar de la tarea de traducir, que no sé *definir* pero que me atrevería a traducir al lenguaje corriente, diciendo que hace 35 años tuve un profesor universitario que aseguraba que la crítica literaria consiste en mostrar cómo funciona por dentro un perro sin matarlo, y que traducir no es otra cosa que sacar a ese mismo perro de paseo por el barrio, para que tus vecinos lo acaricien. Claro que esto no es sino una metáfora, del griego *μεταφορά*, que significa traslado, transporte, transferencia. Una forma de escurrir el bulto con el lenguaje. Cosas de escritores. Juegos con palabras.

Aquí hay préstamos: los versos que leemos no son de Nabokov, sino de Javier Marías, así como tampoco leemos al cascarrabias de Kundera sino a

Beatriz de Moura. Y sí, también hay juegos de palabras en estas páginas dedicadas a los varios placeres inconfesos de la tarea de traducir, que por escurrir el bulto con el lenguaje se divierte «colando» palabras que uno celebra en su lengua materna, con independencia de su mucha o poca prédica. En este caso, y cuando así ha sido necesario, me ha alegrado echar mano de verbos tan deliciosos como «desgoznar», «demeritar», «cundir» o «emperifollar». En esto tampoco somos muy distintos de los políticos –capaces de «desacelerar» cuando el resto del mundo sufre un frenazo– o de los expertos, que creen que la normalidad, como forma de lo acostumbrado, puede ser nueva y seguir siendo normal.

Tal vez lo que nos diferencie como traductores no sea otra cosa que la intención, y de ahí que antes aludía a ese título bastardo, «Simpatía por el débil», donde la homofonía entre *devil* y débil nos demuestra que todo es cuestión de intención: la nuestra, la de quienes nos dedicamos a la tarea de traducir, no es otra que fortalecer al endeble, mostrándole tanto el lugar donde acaparar sabiduría como los límites de lo que sabe (por aquello de que sólo el ignorante que sabe que lo es empieza a ser sabio). Nos gustaría también lograr que quien disfruta nuestro trabajo se aplicara el cuento, pero sabemos que son pocos los perros que muerden durante el paseo.

En el fondo, quien traduce es humano. Una persona solitaria, que antes de cualquier pandemia se ha batido en cobre en teletrabajos de todo tipo (con hijos y sin hijos, con horarios y sin horarios, de vacaciones reales o ficticias) y ha sufrido en sus carnes como nadie el *social distancing* mucho antes de que se acuñara la expresión. Tal vez por eso, mi mayor recuerdo es de gente de carne y hueso, con nombre y apellido. Pilar Vázquez, a quien conocí durante media hora por mucho que llevara décadas leyéndola en las novelas de John Berger y que ha muerto hoy, mientras escribo; Federico Corriente y Eugenia Vázquez-Nacarino, con quienes traduje a Henry James en otra vida en compañía de Miguel Martínez-Lage, cuyas cenizas arrojé al Mediterráneo; Juan de Sola, con quien me río de Pascuas a Ramos en la cafetería del Museo Reina Sofía. Catalina Martínez Muñoz. Editores como Carlos Rod, como Luis Magrinyà, que me enseñó qué era un *Guetto Blaster* muchos antes de Google, como Amaya Elezcano, que sabe mejor que nadie qué precio tiene editar en español a un autor cubano que ha escrito en inglés. Tantas otras. Tantos otros. Humanos. Mortales. Tal vez por eso mismo, muchos tendemos a ver nuestro rol en el oficio como si de un parentesco se tratara. No nos vemos como intérpretes –como aquel Sinatra que convierte al inglés el «Comme d’habitude»

de Claude François que ha escuchado en boca de Paul Anka para inmortalizarlo en su propio «My Way»— sino como tíos y tías de ciudad, a quienes unos parientes lejanos nos envían sus retoños para que supervisemos sus pasos mientras se encuentran entre nosotros. *Μεταφορά*.

Tenemos muy claro que esos niños y jóvenes —hay libros más y menos maduros, y por eso mismo igual de atractivos— que nos han confiado no han nacido de nuestras entrañas, pero ahora nos pertenecen, nos necesitan, precisan de nuestras reglas, afectos, indicaciones y guía. Ya fértiles, ya estériles —cuántos traductores publicamos obra propia y cuántos no y cuán poco importa a la sazón—, sabemos que ser familia es algo temporal y sin embargo eterno, y que nuestro papel, nuestro legado, todo lo que aportamos en la crianza de estos títulos importa como importa el día de hoy, condición necesaria para acceder a un mañana. Y así el mundo sigue andando.